

**Patricia:**

Hace veinticuatro años, benedictinos de todo el mundo se reunieron en la Abadía de Worth en Sussex, Inglaterra, para la primera Conferencia Internacional de Educadores Benedictinos. Para las personas laicas que trabajaban en escuelas con monjes y monjas que estaban envejeciendo, la pregunta clave parecía ser: "¿Es posible tener una escuela benedictina sin religiosos benedictinos?" ¿Y cómo sería eso? Aunque hemos tenido muchas discusiones ricas desde entonces sobre los valores compartidos y la formación del profesorado, y nuestras cantidades y números de países representados han crecido, nunca hemos preguntado a los verdaderos destinatarios de todos nuestros esfuerzos, los estudiantes mismos, cómo lo estamos haciendo para transmitir el ethos benedictino y crear escuelas que permitan a los jóvenes experimentar el amor de Cristo a través de nuestro trabajo con ellos. Hoy, eso cambia. Hemos invitado a cuatro personas, de diferentes partes del mundo pero todas educadas por benedictinos, a compartir con nosotros sus reflexiones sobre su educación y su efecto en ellos al entrar en la adultez y en sus trayectorias profesionales incipientes. Me complace presentarlos. Joshua Oduor tiene 25 años y es de Nairobi, Kenia, donde asistió a la St. Scholastica Catholic School. Actualmente está trabajando en una Maestría en Física. Owain Daley tiene 20 años y es de Gales. Asistió a la Escuela Secundaria de Downside en Inglaterra y está estudiando para ser veterinario. Jefferson Perreira tiene 24 años y se graduó de la St. Benedict 's Prep en Newark, Nueva Jersey, Estados Unidos. Se graduó de la Universidad de Harvard y está enseñando matemáticas en St. Benedict's. Martín Rosselot-Saavedra tiene 23 años y se graduó de San Benito en Santiago, Chile. Está estudiando Ingeniería en computación y sigue trabajando con la Comunidad Manquehue. Su presentación, "¡Somos su legado - Alégrense!", consta de cuatro partes.

**Parte uno: Sus primeros años y enseñanza****Joshua:**

El impacto transformador de la comunidad benedictina en mi vida es algo que resuena profundamente en mi interior. Se dice que las cosas mejores y más hermosas del mundo se sienten con el corazón. Así he sentido yo la influencia profunda de los valores benedictinos que empaparon mis primeros años. Durante mi educación experimenté dos ambientes escolares diferentes: un colegio benedictino durante mi educación primaria y un colegio de la Iglesia Anglicana de Kenya en la secundaria. Al repasar mi experiencia se hace evidente una gran diferencia entre ambos.

Los valores benedictinos que fueron parte integral de mi crecimiento siguen dando forma a mi vida hoy. El valor de la comunidad, por ejemplo, se hizo palpable durante mis primeros años en el Colegio Católico Santa Escolástica. En mi primera clase de música recibimos instrumentos musicales de última generación donados por las Hermanas Benedictinas Misioneras. En ese instante comencé a percibir que yo era parte de una comunidad unida. Tuve el privilegio de ser seleccionado para

participar de la primera banda del colegio y, juntos, forjamos una comunidad desde cero. A lo largo de innumerables ensayos cada jueves y de compartir nuestras experiencias de aprendizaje, crecimos juntos. Tres años más tarde, nuestra dedicación y nuestra armonía nos llevó a ser invitados a tocar en prestigiosos eventos, incluyendo una memorable actuación frente al Presidente de Kenya. Esta comunidad musical nos enseñó la fuerza de trabajar juntos.

Durante el oscuro período de 2009, la esencia de la comunidad se nos hizo realmente patente. Un amigo muy cercano, miembro de nuestro grupo musical, contrajo cáncer y finalmente sucumbió a la enfermedad. Durante ese tiempo, nos unimos en torno suyo como comunidad benedictina, ofreciéndole un apoyo incommovible y asegurándonos de que tuviera la mejor experiencia escolar que fuera posible. Lo ayudamos en sus estudios, lo cuidamos y le dimos el ánimo que necesitaba durante su tratamiento. Esta experiencia grabó a fuego en mi corazón el valor de estar ahí para otro en tiempos de adversidad.

En el Colegio Católico Santa Escolástica, la construcción de la comunidad iba más allá de la música. Los primeros viernes de cada mes celebrábamos la Santa Misa. Esta celebración tenía un rol clave en la fe y la disciplina de los estudiantes. Algo realmente notable de estas celebraciones era que se hacía visible la inclusividad de nuestra comunidad escolar. No importaba de qué religión era cada uno, todos eran bienvenidos. Pienso que estas celebraciones son un buen ejemplo del espíritu de unidad y respeto que es el sello de nuestro colegio, porque demuestran que la diversidad puede coexistir armoniosamente dentro de una comunidad en la que se comparte.

La comunidad benedictina no sólo promovía la inclusión, sino también la equidad, especialmente para los alumnos de origen más humilde. Recuerdo vívidamente un viaje a Mombasa durante mi último año en Santa Escolástica. A medida que se acercaba la fecha, era evidente que algunos, incluido yo mismo, no seríamos capaces de pagar los costos del viaje. Sin embargo, durante un evento para el Día del Padre, en el segundo semestre, los apoderados y el colegio unieron fuerzas para juntar fondos y asegurar que todos pudieran tomar parte en la expedición. Por otro lado, al principio de cada semestre, los alumnos de mejor situación donaban amablemente camisas y pantalones de colegio. Con estos gestos, íbamos aprendiendo que la comunidad cultivaba con dedicación un ambiente en el que todos fuesen tratados igual, fuera cual fuera su nivel socioeconómico.

El impacto de esta comunidad benedictina no se debilitó cuando pasé a la educación secundaria. Los valores infundidos en mí durante mi tiempo en Santa Escolástica permanecieron firmes y me guiaron en esta nueva fase de mi vida. Las lecciones de comunidad, apoyo, inclusividad y equidad han llegado a ser parte integral de quien soy hoy en día, dando forma a mis relaciones, mis decisiones y mi visión de la vida.

La influencia de la comunidad benedictina en mi vida trasciende el ámbito meramente educativo. Me ha dado una comprensión profunda de la fuerza de la unidad, de la compasión y de los valores compartidos. Estas lecciones siguen motivándome a promover la construcción de la comunidad, la inclusividad y la equidad en todas las dimensiones de mi vida, y me empujan a esforzarme por crear un mundo en el todos puedan experimentar la esencia transformadora de los valores benedictinos.

**Martín:**

Estudí en el Colegio San Benito, el primero de los tres colegios del Movimiento Apostólico Manquehue. Este es un colegio privado que abarca desde los 4 hasta los 18 años. Tuve el privilegio de pasar esos 14 años en San Benito.

Hay tres cosas que creo fueron centrales durante mi vida escolar, y son gracias a la forma en que el Movimiento Apostólico Manquehue nos entrega educación benedictina: comunidad, "tutoría" y Lectio Divina.

La "tutoría" en mi colegio es un concepto que implica una amistad entre una persona mayor y una más joven, donde la persona mayor evangeliza a la más joven. Esto es central en todo lo que se hace en mi colegio. Hay una hora especial dedicada exclusivamente para que los alumnos mayores se hagan amigos de los más jóvenes y les enseñen a leer la Biblia. A lo largo de mi vida escolar, tuve estos "tutores" acompañándome, presentes en cosas que eran importantes para mí. No recuerdo haber aprendido algo que cambiara mi vida durante esas horas, pero creo que ayudó a construir un sentido de comunidad entre alumnos mayores y más jóvenes, lo que luego me permitió discutir cosas significativas con ellos. Pude aprender de sus experiencias de fe. Todas las actividades en las que participé en mi colegio estaban marcadas por la "tutoría". Creo que esto fue lo que me llevó, siendo una persona muy preocupada por lo que otros pensaban de mí a los 15 años, especialmente mis compañeros, a abrirme completamente a la fe, ya que los alumnos mayores que se convirtieron en mis amigos también estaban abiertos a la fe. No solo estaban abiertos, sino que buscaban activamente encontrarse con Dios.

La Lectio Divina es algo que nos enseñaron desde que éramos niños. Es algo con lo que siempre he estado familiarizado. En mi colegio, hacíamos una forma de Lectio Divina durante los primeros 15 minutos de cada mañana. A los 13 años, se nos dio la oportunidad de unirnos a un grupo que se reunía semanalmente para hacer Lectio Divina, guiados por un "tutor". A los 16 años, tuvimos la oportunidad de convertirnos en ese "tutor". Estos grupos generalmente comenzaban con el grupo de amigos que uno tenía en ese momento, por lo que la Lectio Divina se convirtió en parte de esa amistad, y se volvió común compartir la Palabra de Dios entre nosotros. Todo esto ha fomentado una verdadera relación de diálogo personal con Dios en mí. No me parece extraño, algo que creo que sería para otras

personas, decir que Dios me habla diariamente a través de las Escrituras. Viví mi vida escolar con Dios a mi lado.

Por último, la comunidad. "Comunidad" es una palabra que está constantemente presente en mi colegio. Los grupos de Lectio se llaman comunidad, cada curso es una comunidad y todas las personas involucradas en el colegio son una comunidad. Siempre pertencí a alguna comunidad durante mi vida escolar. Este sentido de pertenencia está al alcance de cualquier estudiante. Creo que esto fue posible gracias a los dos elementos mencionados anteriormente: la "tutoría" y la Lectio Divina. Cuando una parte significativa del colegio está abierta a la amistad y a la Palabra de Dios, convertirse en una comunidad se vuelve muy fácil. Para mí, pertenecer a una comunidad que busca la felicidad fue crucial para motivarme en mis estudios, mis amistades y mi misión.

### **Owain:**

La comunidad fue fundamental durante mi tiempo en Downside. El colegio era una comunidad y yo experimentaba esto de diferentes maneras.

Downside era originalmente un colegio monástico. Mientras los monjes todavía estaban en el colegio, el colegio era como una extensión de la comunidad monástica. La celebración conjunta de la Eucaristía dominical, que reunía a monjes y estudiantes, y en la cual los estudiantes participaban activamente, era un momento en que esto era particularmente patente. El colegio y el monasterio compartían también su santo patrono, san Gregorio Magno. Al menos para mí, el día de su fiesta era siempre un momento de cercanía entre la vida del colegio y la vida de los monjes.

En mi tiempo, los monjes habían dejado ya de estar a cargo del funcionamiento cotidiano del colegio. Sólo unos pocos de ellos continuaban trabajando en el colegio. Sin embargo, seguían siendo una presencia muy importante. Era imposible no estar consciente del monasterio, con la campana señalando los tiempos de los Oficios y de la Misa. La celebración de la Misa, cuando reunía a los monjes y al colegio, era la máxima expresión de la unidad de estas dos partes de una misma comunidad. A pesar de la escasa presencia cotidiana de los monjes, la Misa dominical nos mantenía juntos y era como un canal por el cual la vida de los monjes fluía hacia el colegio.

Mientras yo estaba en el colegio, los monjes decidieron mudarse a un nuevo lugar. Las consecuencias prácticas inmediatas en el funcionamiento del colegio no fueron grandes. Pero el cambio, sin embargo, fue algo profundo. La Misa, obviamente, es una instancia donde la ausencia de los monjes se percibe claramente. Pero, incluso sin los monjes, sigue siendo un momento clave de la semana y representa, en mi opinión, la cumbre de la vida comunitaria que se construye cada día de diferentes maneras. La Misa dominical es apenas una fracción del tiempo que pasamos juntos como comunidad

escolar pero yo pienso que es ahí donde se reúnen los distintos elementos que construyen la comunidad en una única acción en que juntos nos volvemos hacia el Señor.

Downside es un colegio internado y esto fue clave para la experiencia de comunidad que yo tuve. Los estudiantes se agrupan en diferentes 'casas'. La casa es el lugar físico donde uno duerme, pero es mucho más que eso. Tu casa es tu comunidad, en la Misa uno se sienta con los de su casa, compite por su casa en las competencias escolares, y se involucra junto a los de su casa en las diferentes actividades. Cada casa es una sección transversal del colegio que cubre alumnos de todas las edades. Cada casa está a cargo de un Housemaster, un profesor que es responsable del cuidado pastoral y el desarrollo académico de los alumnos de la casa. El Housemaster conoce muy bien a los jóvenes que tiene a su cargo y es capaz de adaptar su compañía, su apoyo y su corrección según las necesidades individuales de cada uno. Un buen Housemaster 'conoce a sus ovejas y las suyas lo conocen a él'.

La mezcla de las diferentes edades en una misma casa es clave para su funcionamiento como comunidad. Alumnos de distintos años interactúan entre sí y las amistades no se forman exclusivamente con los de tu misma edad. Como en toda buena comunidad, los mayores dan el ejemplo a los menores, los ayudan, salen de sí mismos para acortar las distancias con los más chicos. De hecho, existe en Downside un sistema especial para lograr esto del cual hablaré luego. Cada casa desarrolla su propia personalidad y en general se produce un fuerte sentido de pertenencia hacia la propia casa. El sistema de casas articula así la gran comunidad escolar en unidades más pequeñas a escala humana. Pienso que son estas comunidades más pequeñas las que permiten que el colegio funcione como una gran comunidad.

En Downside, siguiendo la tradición del Movimiento Apostólico Manquehue, se invita a los alumnos a participar en grupos de Lectio Divina. La Lectio Divina es la lectura orante de las Escrituras para encontrarse en ellas con Cristo. Estos grupos están formados por niños o niñas del mismo año y son guiados por un alumno mayor que les ayuda a encontrarse con Cristo en su Palabra. Durante la reunión del grupo hay un momento en el cual compartimos nuestras reflexiones sobre el encuentro con Cristo en las Escrituras. Los Grupos de Lectio se transforman normalmente en comunidades muy unidas, porque son un lugar de confianza. A través de ellos, los alumnos comparten no solamente su itinerario académico, no solamente su vida social o las comidas, sino también su camino de fe. La experiencia de pertenecer a un Grupo de Lectio fue algo fundamental de mi experiencia en Downside. Me permitió ver que era Cristo mismo el que sostenía la unidad de nuestra comunidad y le daba sentido. Aunque no todos los alumnos participan de un Grupo de Lectio, creo que la vida comunitaria que allí se cultiva fluye hacia el resto de la vida escolar de una manera similar al modo en que lo hacía antes la vida de los monjes.

Mi comprensión de la comunidad fue creciendo a medida que avanzaba en el colegio, aunque fue algo que me llegó desde los primeros días. Yo toco la gaita desde los 9 años. En Downside había una banda de gaiteros y, apenas llegado al colegio, un profesor me llevó al ensayo de la banda. Fui acogido de inmediato. Allí, nuevamente, encontré un grupo de alumnos de diferentes edades que eran amigos y que se interesaron por mí. Gracias a la banda de gaiteros, no había pasado ni una semana y ya había gente que me sonreía, que me saludaba y que se interesaba por cómo me estaba yendo en el colegio.

La comunidad se manifestaba también con fuerza a través del deporte. Llegué a ser parte de la selección de corredores a campo traviesa, cross-country running. En realidad, no íbamos a muchas competencias, pero corríamos juntos y disfrutábamos simplemente saliendo al campo y pasando tiempo unos con otros. También en este grupo se entreveraban alumnos de diferentes edades, pero eso no nos impedía conversar, hacernos chistes o animarnos mutuamente. Los profesores, sin dejar de ser autoridades, eran también muy parte del grupo. Hacían todo lo mismo que nosotros, incluyendo las bromas, conversaban con cada uno y nos conocían bien. La verdad es que me inscribí en este equipo simplemente porque quería hacerle el quite a los otros deportes, pero lo pasaba tan bien que llegó a ser uno de los mejores momentos de mi semana. Mejoré mucho como corredor, más de lo que habría mejorado por mi propia cuenta. Y lo que aprendía y avanzaba gracias a la comunidad permanecía conmigo cuando estaba solo. De hecho, sigo siendo hasta hoy un corredor entusiasta, con o sin un grupo. Con lo que aprendía sobre la oración a través de los Grupos de Lectio pasaba exactamente lo mismo. Lo que comencé recibiendo como parte de una comunidad llegó a ser parte integral de mí como individuo. La Lectio hoy es algo clave en mi vida, tanto si estoy con otros como si estoy solo.

Una última reflexión sobre mi experiencia de comunidad en Downside es que era algo accesible también para aquellos que no creían en Cristo, o que no estaban seguros de creer. También ellos eran tocados por Cristo al participar de la vida de un colegio benedictino. Hablaré de este punto más adelante, al explicar lo que creo que un colegio benedictino puede ofrecer a alguien que no tiene fe.

### **Jefferson:**

Cuando crucé por primera vez las puertas de St Benedict's Prep, no tenía idea que el tiempo que pasaría en ese colegio definiría la trayectoria de mi vida. Me matriculé allí porque era la opción más cercana y barata de acceder a un colegio secundario privado. St Benedict's ha formado en mí, de una manera benedictina singular, a la persona que soy hoy. Los valores benedictinos que son el fundamento de la comunidad y de la educación en St Benedict's orientan mi manera de ver y de vivir en el mundo. La comunidad, la justicia, la moderación, el cuidado de las cosas y la dignidad del trabajo son algunos de los valores benedictinos que llevo conmigo dondequiera que vaya. Recibí estos valores en St Benedict's y los llevé conmigo a Harvard, donde me sostuvieron y me guiaron a través de desafíos mayores e inesperados. Hoy estoy de regreso en St Benedict's como educador. Allí trabajo cada día practicando y enseñando estos valores a mis alumnos y a la comunidad. St Benedict's no me

entregó solamente unos valores que me orientaron, también me dio un hogar, una familia y la conexión con una tradición que continúa creciendo y evolucionando.

Fui alumno en St Benedict's desde los 14 a los 17 años. Antes de entrar al colegio, nunca me había sentido parte de una comunidad. Soy hijo de inmigrantes y muchas veces me he sentido navegando solo por la vida en los Estados Unidos -el sentimiento de "no ser de aquí ni ser de allá" respecto a mi identidad y mi rol en la comunidad era algo a lo que ya me había acostumbrado. Como estrategia de supervivencia, crecí enfocándome en mi propio crecimiento y en mi desarrollo individual como algo aparte de las necesidades de los demás.

Al darme un lugar y un propósito en la comunidad, St Benedict's me rescató de esa mentalidad individualista. Pero no fue sin resistencia de mi parte. Al joven Jefferson le parecía imposible aceptar que lo castigaran por las faltas de sus compañeros. ¿Por qué tenían que bajar mis notas por culpa de otro alumno? ¿Por qué tenía que quedarse todo el colegio en la tarde porque alguien había robado? El sentido de estas cosas, a veces tan frustrantes, era cultivar la comunidad y apartarnos del individualismo. Nos orientaban, a estudiantes y profesores, a velar no sólo por el éxito propio sino por el de la comunidad.

### **Segunda parte: La influencia de su educación benedictina que se mantiene hasta ahora.**

#### **Owain:**

Mientras más reflexiono acerca de mi tiempo en el colegio, y en los dos años y medio que han pasado desde que egresé, más me impresiona la profundidad del impacto que ha tenido en mí como persona. De alguna manera, hay muy poco en mí, o casi nada, que no haya sido alcanzado por mi educación benedictina. Esto no significa que lo que había recibido antes de llegar a Downside (en gran parte de mi familia) sea poco importante o que haya sido como borrado por la educación benedictina. No es así. Lo que sucede, por un lado, es que todo lo que había recibido antes de llegar a Downside fue como asumido en mi educación y allí encontró el espacio que necesitaba para madurar y florecer. Y, por otro, recibí muchas cosas adicionales.

La música era algo que me apasionaba mucho antes de ir a Downside, pero gracias a las oportunidades disponibles y, sobre todo, a la generosidad de mis profesores, pude profundizar mi amor y comprensión por la música. Lo mismo ocurrió con mis intereses académicos y mi deseo de aprender.

Estos ejemplos ilustran bien de qué manera me ha formado la educación benedictina, no necesariamente dándome algo que no tenía, algo nuevo, sino permitiéndome crecer como persona. Creo, sin embargo, que el mayor impacto de la educación benedictina en mí, lo que lo abarca todo, es el impacto que tuvo en mi propia fe personal.

Siempre he sido católico, siempre creyendo que eso era lo correcto. Pero para cuando entré a Downside mi fe consistía solamente en ciertas prácticas. Lo más importante que se me enseñó en Downside fue cómo rezar, específicamente a través de la Lectio Divina. Sin duda, es el aprendizaje que mayor impacto ha tenido en mí como persona, comprende en sí todos los demás componentes de mi educación, y alcanza todas las dimensiones de mi vida. Porque la verdadera Lectio Divina te lleva a encontrarte con Jesucristo. Cristo es la persona más importante que uno puede conocer en su vida y, para mí, la manera de encontrarme con Él fue lo que recibí en Downside. La Lectio, en último término, es lo que dio sentido a toda mi vida escolar porque me permitió vivirla como cristiano, comprendiéndola a través de la mirada de Cristo y no de la mía propia.

En Downside tenemos un sistema de prefects, a través del cual los alumnos mayores se hacen cargo de liderar el colegio. En mi último año estuve a cargo de Junior House. Esto implicaba ser responsable de los niños más pequeños, supervisarlos en los recreos y durante el tiempo de estudio, acompañarlos en las asambleas y preocuparme de que se acostaran a la hora. Lo más importante de mi rol, sin embargo, era estar disponible para ellos, simplemente estar, y darles tiempo, animarlos, orientarlos, ser para ellos una figura cercana y accesible.

Este rol fue para mí un privilegio enorme y una verdadera alegría. En Downside siempre nos enseñaron que ser líder era ser un servidor. Verdaderamente, me enamoré de la oportunidad de servir a los más pequeños y tuve la oportunidad de experimentar el gozo de ser un pastor para ellos. Por supuesto, diferentes personas asumen este tipo de roles de diferentes maneras. Para mí, era un rol inextricablemente unido a mi fe. Quería ser un testigo de Cristo simplemente con mi presencia y a través de la interacción cotidiana. Me preocupaba de rezar por todos los niños a mi cargo y llegué a sentirme personal y profundamente involucrado con ellos como personas. También me ayudó mucho a darme cuenta de la bondad de Dios, a ver sus maravillas en todos aquellos con quienes trabajaba, siendo capaz de ver el valor que cada niño tenía como individuo, más allá de su comportamiento o de su desempeño académico, y me dio la oportunidad de entregarme a ellos tal como eran. Me hizo crecer en mi comprensión de las personas, desarrolló mi paciencia, mis habilidades de liderazgo y autoridad. Pero, lo más importante, es que hizo nacer en mí el amor por el servicio.

Las experiencias de oración y de servir como líder que tuve en Downside, me recuerdan que, cualquiera sea mi comportamiento, al final del día, mi más profundo anhelo, aquello que me hace auténticamente feliz, es ser un servidor de Cristo. Y son estas experiencias las que me han permitido perseverar en el camino y seguir creciendo como cristiano.

Después que egresé de Downside y entré a la universidad, mi fe ha seguido creciendo. Es el mi ancla firme que me sostiene a través de todos los cambios de mi vida y ha dado a mi vida una forma que la hace diferente. Hoy vivo en una comunidad con otros estudiantes católicos y participo activamente en

la Pastoral Católica de mi universidad. También he vuelto a Downside para contribuir en la Pastoral del colegio. A través de la fe, he recibido el don de amistades increíbles que me dan mucha vida.

De todas estas maneras, y de muchas más, Jesús ha dado forma a mi vida a través de la fe. Esta fe, que es la razón de que yo sea quien soy hoy, es algo que recibí en un colegio benedictino. Por eso, puedo decir sin titubear que la educación benedictina ha sido determinante para mi vida.

**Jefferson:**

Una comunidad benedictina se preocupa de que nadie quede al margen o pase desapercibido. Yo tengo una familia, tengo a mis padres y a un hermano, pero en St Benedict's encontré una nueva familia. Muchos adultos se preocuparon de mí como profesores, como entrenadores o simplemente como miembros de la comunidad. De entre ellos, hay uno que sobresale de entre los demás. Michelle Tuorto ha sido profesora en St Benedict's por 23 años y para mí es una segunda madre. Michelle es mi tutora, uno de mis mejores amigos, y alguien en quién sé que puedo confiar en las buenas y en las malas. Como hijo de inmigrantes, muchas veces me he sentido solo en el camino de la vida en los Estados Unidos. Mis padres no siempre comprendían bien cómo funcionaba el colegio o la vida en los Estados Unidos porque nunca recibieron una educación formal. Me apoyaban con sus recursos, pero no podían aconsejarme u orientarme acerca sobre mi vida escolar o mi carrera. Este sentimiento de soledad siempre ha sido para mí una fuente de estrés y ansiedad. Antes de conocer a Michelle, no sabía cómo manejar los momentos en que me sentía sobrepasado por la información que recibía sobre las diferentes posibilidades. Mis padres no podían ayudarme porque estaban ocupados trabajando para mantener a flote su pequeño negocio. A veces, al llegar el verano, cuando mis padres no tenían cómo pagar mi pasaje de regreso a casa, me llevaba Michelle. Eran 200 millas hasta mi casa en New Jersey. Cuando me siento sobrepasado con el colegio o con mi trabajo, Michelle siempre tiene un consejo o una ayuda. Cuando recibo buenas noticias, Michelle es una de las primeras personas en enterarse. Cuando me ofrecen una nueva oportunidad, le preguntó a Michelle qué le parece antes de tomar una decisión. De una manera muy real y profunda, Michelle es mi segunda madre. Sin su apoyo, no podría haber pasado con éxito por Harvard. Harvard es una gran oportunidad para crecer, pero el costo es vivir en un lugar que se mueve principalmente por el reconocimiento individual y el ego. Después de graduarme de Harvard, me sentí llamado a regresar a la comunidad que me crió para servir como profesor. Estar de vuelta en St Benedict's como educador me da la oportunidad de traer de vuelta a casa las habilidades y el conocimiento que encontré más allá de St Benedict's.

**Joshua:**

Los valores que dan forma a nuestras creencias y que determinan nuestras decisiones están como incrustados en el centro de nuestro ser. Para mí, estos valores han sido moldeados por las experiencias de mi niñez, especialmente por mis años de formación en la educación primaria. Estos principios fundamentales han sido mi faro para navegar por las vueltas y revueltas que tiene la vida. Su impacto

ha sido profundo. Recibí un fuerte sentido del deber, que me empuja a compartir estos valores benedictinos con mis pares y a infundirlos en todo lo que hago, desde mi progreso académico hasta mis relaciones con los demás. Creo firmemente que abrazar estos valores no sólo nos ayuda a tomar mejores decisiones, sino que nos hace capaces también de llegar a ser mejores personas.

Una de las piedras angulares de mi sistema de creencias es la dedicación a la excelencia académica. Desde la secundaria, he sentido siempre una sed insaciable de aprender que me llevó a estudiar en la universidad, de la que estoy orgulloso de haberme graduado con primera distinción. Hoy estoy comenzando un Masters de Ciencias en Física, y anhelo contribuir a la sociedad en que vivo con mi pasión por aprender.

No son los logros académicos, sin embargo, lo que define mi ruta. En el cálido abrazo de la comunidad de Santa Escolástica, descubrí un segundo hogar, una familia que incluye profesores dedicados, sabias hermanas benedictinas y compañeros de estudios con una pensamiento similar al mío. Este sentido de pertenecer me ha motivado a participar activamente del colegio, ayudando en diferentes labores como limpiar el comedor, organizar la biblioteca y hacer la mantención de los computadores. Estas responsabilidades infunden en mí un profundo sentido del deber, del servicio y de la camaradería. Mi anhelo es motivar a mis compañeros a abrazar también estos valores, promoviendo un ambiente en el cual todos trabajemos para ser la mejor versión posible de nosotros mismos.

He tenido también la suerte de entrelazar mi desarrollo profesional con mis valores personales, trabajando en proyectos para llevar energía limpia y barata a comunidades marginales. Las enseñanzas y valores que recibí durante mi tiempo en una comunidad escolar benedictina se han hecho vida cuando he podido ponerlos en práctica, trabajando para hacer un aporte positivo en el mundo.

Más allá de mi trabajo, me siento comprometido con la comunidad benedictina en sí misma. Actualmente soy el Presidente de la Asociación de Exalumnos del Colegio Católico Santa Escolástica, y tengo el privilegio de estar creando una sólida red de personas que comparten ideas, valores y creencias similares. A través de este rol, busco promover un sentido de unidad y de pertenencia entre todos aquellos que hemos sido alcanzados y transformados por la experiencia benedictina. Juntos seguiremos tejiendo el tapiz de nuestros valores y extendiendo su alcance más allá de nosotros mismos.

**Martín:**

La influencia de mi educación benedictina en mi vida adulta es significativa. Un poco de contexto: actualmente estoy estudiando ingeniería civil en computación, pero al mismo tiempo, sigo

participando en actividades con el Movimiento Manquehue, como retiros, misiones en otros colegios y liturgias.

La influencia más significativa de esta educación para mí es entender mi vida como una vida de fe, sin separación entre la vida y la fe. Esto es algo particularmente fuerte en mi país, la separación entre la fe y la vida. Muchas personas van a la iglesia todos los domingos pero viven como si Dios no existiera durante la semana. Algunos aspectos de la vida están reservados para Dios, como el servicio y la caridad, mientras que otros, como las amistades, la sexualidad, los estudios y el trabajo, se consideran sin relación con Dios. Gracias a mi educación benedictina, he llegado a comprender que Dios es central en cada aspecto de mi vida. Mi discernimiento en cualquier asunto se hace a través de la oración, buscando entender dónde quiere Dios que yo esté.

Relacionado con esto, también veo que mi educación benedictina me enseña cómo vivir. Me ofrece una opción diferente a "las del mundo". Observo a muchas personas influenciadas por cómo "el mundo" dice que deben vivir, definiendo lo que significa el éxito. Sin embargo, gracias a la educación que recibí, entiendo que lo que "el mundo" considera lo mejor puede que no sea realmente lo mejor. En este sentido, seguí una carrera convencional, que habría sido el camino típico para alguien en mi situación. Quizás, en ese momento, no consideré si era lo mejor para mi fe o no. Pero hoy, estudio obedeciendo a Dios porque creo profundamente que Dios quiere que esté estudiando en este momento.

Junto con estas influencias, mi educación me ha proporcionado herramientas, específicamente herramientas de discernimiento. Estas herramientas son necesarias porque si la influencia de la educación se hubiera limitado solo a los desafíos presentados anteriormente, habría caído rápidamente en la desesperación y la falta de esperanza. Sin embargo, también se me entregó la oración y la Lectio Divina. A través de ellas, puedo acceder a la Verdad misma. Mi colegio no me dijo exactamente cómo debería vivir mi fe, sino que me proporcionó la oración y la Lectio Divina para tomar decisiones. Como mencioné anteriormente, gracias a esto, puedo tener un verdadero diálogo con Dios y entender dónde quiere Él que yo esté.

Por último, está la comunidad. Hoy, tengo amistades con varios exalumnos de uno de los tres colegios de Manquehue. La educación que recibimos realmente genera un sentido de comunidad entre los exalumnos. Esta comunidad ha sido crucial para mí, ya que necesito su apoyo para mantener y profundizar mi fe. Me muestra que hay otros que quieren vivir esta "otra forma de vivir" de la que hablé anteriormente. Estas son personas en mi mismo contexto, con la misma formación, que han recibido la misma educación. Juntos podemos afirmarnos unos a otros que esta es la forma de vivir y trabajar juntos para tomar este estilo de vida.

Más allá de la "utilidad" que la comunidad pueda tener, después de salir del colegio, me di cuenta de la importancia de la comunidad en sí misma. Siempre había pensado que pertenecer a una comunidad era algo innato, algo que siempre tenemos. Sin embargo, cuando ingresé a la universidad y me mantuve conectado con la comunidad de mi colegio, vi a otros excompañeros de clase buscando el mismo sentido de pertenencia. Fue entonces cuando realmente entendí la riqueza de la comunidad y cómo mi colegio la había inculcado en mí durante toda mi vida escolar.

### **Tercera parte: ¿Qué tenemos para ofrecer como educadores benedictinos?**

#### **Jefferson:**

Solamente St Benedict's pudo ofrecerme la oportunidad de cultivar una relación como la que tengo con Michelle. Cultivar este tipo de relaciones entre los estudiantes y sus educadores es parte del ADN del colegio -la idea de que la misión del educador no es meramente académica, sino algo holístico, es algo heredado de la tradición benedictina. De la misma manera que los monjes rezan y trabajan en comunidad, así lo hacen también los profesores y los alumnos en St Benedict's. En el colegio, se anima e incluso se exige a los adultos involucrarse con los estudiantes fuera del aula a través de actividades extracurriculares. En una comunidad de este tipo, se desaprende el egoísmo. El precio de construir una comunidad que se preocupe de cada uno, que nutra y apoye a todos, es que sus miembros den de sí mismos. Para recibir amor y apoyo, necesitamos amar y apoyar a los demás. Sin este acto de mutuo amor, la comunidad no se sostiene. En Estados Unidos, el ambiente está dominado por el neoliberalismo y por un sentido implacable de responsabilidad individual. En ese contexto, un espacio que va en contra de ese relato dominante es casi una revolución. El padre Edwin, rector del colegio, dice que los muros que demarcan el recinto de nuestro colegio no están para mantener la gente adentro o afuera. Lo que esos muros hacen es señalar una tierra sagrada, porque lo que hacemos en St Benedict's es diferente de lo que se hace fuera. En un país plagado de discordias y odios por diferencias superficiales, construir un lugar sobre el amor al prójimo es una revolución.

#### **Owain:**

Mientras para mí la fe es inseparable de mi experiencia benedictina, claramente muchos estudiantes en nuestros colegios no son bautizados o católicos practicantes.

Yo creo que es necesario que un alumno esté despierto a la fe para recibir lo más plenamente posible una educación benedictina. Sin embargo, en mi experiencia, muchos estudiantes sin fe igualmente fueron formados enormemente como personas en la escuela y se fueron con muchos recuerdos que son apreciados. Incluso si no creían realmente en la identidad benedictina, aún así tuvieron muchas experiencias positivas debido a ella.

Esto se debe, en gran parte, a que, como dije antes, el colegio era una comunidad. Más aún, era una comunidad que favorecía la amistad. Puede parecer obvio, pero uno lo pasa bien en el colegio porque vive con todos sus amigos. Más aún, un colegio enfocado en la comunidad y en la amistad es algo cada vez más raro, incluso contracultural. En el Reino Unido, pienso que los jóvenes están cada vez más solos, que el concepto de comunidad se va desvaneciendo en una sociedad cada vez más individualista. La prioridad se pone en los logros cuantificables, en las mejores notas, en entrar a las universidades más prestigiosas, etc. Se pone demasiado énfasis en el éxito personal, 'lo que yo soy' y 'lo que a mí me hace feliz'. En una comunidad, sin duda es importante lo que cada uno sea (volveré sobre esto en un momento), pero sólo en la medida en que ello contribuye a lo que la comunidad es. 'Lo que yo soy' es llevado a su más plena expresión cuando se forma parte de algo mayor. En una gran pintura, cada tonos cromático es hermoso por sí mismos, pero no se compara con lo que aparece cuando están todos juntos, cada tono aportando lo que solamente ese tono puede dar.

Quitar el foco de 'lo que yo soy' y 'lo que a mí me hace feliz' es también algo que forma parte de la verdadera amistad. Pienso que es por eso que la verdadera amistad se ha vuelto cada vez más escasa. No usamos a un amigo como un medio para ser felices o para autoafirmarnos. Servimos a un amigo porque lo amamos, buscamos su ayuda y su consejo porque confiamos en él. La verdadera amistad nunca se cierra exclusivamente en el 'nosotros'.

Perdón que extienda en este tema, pero creo que un colegio benedictino puede ofrecer algo que el mundo no tiene y que, consciente o inconscientemente, mucha gente anhela con profundas ansias. Pienso también que la amistad es una de las maneras más efectivas de llevar a alguien a Cristo.

Hay un último elemento que pienso que ofrece un colegio benedictino y que es vital para la experiencia de los que no tienen fe. Se trata de la 'preocupación por el individuo', que es un sello que podríamos llamar distintivamente benedictino. Fue lo primero que vino a mi cabeza cuando me preguntaron qué podría ofrecer un colegio benedictino a aquellos que no tienen fe.

Este sello hace de nuestros colegio benedictinos algo único. Downside era una comunidad y cada miembro era parte del todo. Pero esto no quitaba nada a la identidad única y singular de cada alumno, al contrario, la enriquecía. Cada miembro de la comunidad era valorado porque cada uno hacía una contribución única.

La cultura del colegio era tratar a cada alumno como individuo, a cada uno como una persona singular, con sus propias fortalezas y debilidades. Nadie era simplemente un dolor de cabeza que quisiéramos hacer desaparecer. El énfasis no se ponía en la disciplina sino en la formación, incluso en la trans- formación. No se pretendía meter a los alumnos dentro de un único molde, sino que se los asumía como eran. El colegio salía al encuentro de los estudiantes donde estuvieran y, desde allí,

comenzaba su trabajo. El criterio no era la eficiencia, porque trabajar con individuos no es eficiente, sino que requiere tiempo, generosidad y amor. Y recibir tiempo, generosidad y amor tiene un efecto profundo, hace que los alumnos florezcan, que vaya apareciendo la versión más verdadera y feliz de sí mismos. El impacto de este enfoque es real, independiente de la fe que cada uno tenga.

Pienso que es clave que los educadores benedictinos sean de esos pastores que dejan las noventa y nueve ovejas para buscar a la que se perdió, que sean gente apasionada por la belleza singular de cada ser humano y por ayudarlos a cultivar esa belleza.

**Martín:**

Lo que veo en común en la educación benedictina no es solo cómo toma forma la educación, sino más bien una comunidad de benedictinos verdaderamente preocupados por quienes están siendo educados. De esta manera, la educación no es solo académica; es principalmente una evangelización, donde lo académico encuentra su lugar.

He sido testigo de cómo esto se refleja en lo que los exalumnos de mi colegio se quedan de la educación que recibieron. Muchas veces, la conversación gira en torno a la idea de que la excelencia de nuestro colegio no está en lo académico o en lo deportivo, como si esos fueran los objetivos de otros colegios, sino en la espiritualidad. Creo que esto es un reflejo de la evangelización que tiene lugar a lo largo de los años que pasamos en el colegio.

Y veo que esta evangelización ocurre a través de la apertura de la vida misma de la comunidad benedictina, viviendo una vida profundamente cristiana y reflejando así a Cristo y irradiando su alegría. De esta manera, en mi colegio en particular, la forma de esta evangelización aparece a través de la amistad y el ejemplo.

Por lo tanto, lo que no puede fallar es que la comunidad educativa de un colegio benedictino sea efectivamente una comunidad, viviendo una vida benedictina. De nuestra conversación, veo que esta vida benedictina lleva a diversas formas de expresión en la educación en sí misma; se ve en la forma de los valores, las experiencias vividas, el orden de vida dentro de la escuela, etc. Pero en todo lo que discutimos, es a través de los educadores que recibimos esta educación benedictina.

**Joshua:**

En el transcurso de mi vida, una verdad simple ha llegado a ser una parte indispensable de mi camino. Es algo así como un hilo que enhebra mi experiencias y me guía a través de sus vueltas y reveses.

Imaginen un lugar donde la fe y los valores se entretujan, un santuario. En este lugar sagrado, tuve la suerte de conocer personas que encarnan los valores benedictinos, con amabilidad y bondad hacia los

demás. En este mismo lugar, sin embargo, existen muchos que han perdido el camino y se han apartado de las enseñanzas que una vez recibieron.

No se nace con fortaleza de carácter. La fortaleza es como un músculo que se tonifica mediante la práctica. Conservar los valores que hemos aprendido, como ser respetuoso y considerado, es aprender un cierto autocontrol. Es como aprender a manejar un automóvil o una bicicleta, requiere tiempo y esfuerzo.

Imaginen, por lo tanto, la senda de los valores como si fuese una historia, una historia que comienza cuando eres muy joven. Quizás entonces no sabíamos mucho sobre los valores benedictinos, pero en la medida que íbamos creciendo en el colegio, aprendimos cosas como la amabilidad, ayudar a los demás, y ser parte de una comunidad.

Piensen en ello como si fuera seguir una rutina un tanto peculiar. Al principio nos parecerá extraña, como cuando nos probamos ropa nueva. Pero, de la misma manera que nos acostumbramos a la ropa nueva, nos vamos también acostumbrando a estos nuevos valores. Y comenzamos a vivirlos en nuestras acciones de cada día.

Y, ¿saben una cosa? Cuando comenzamos a practicar estos valores, se sentía bien. Sentíamos que estábamos haciendo lo correcto, que éramos parte de algo más grande que nosotros mismos. Como cuando ayudamos a alguien y nos corresponde con una sonrisa, ésa es nuestra recompensa.

Con el paso del tiempo, estos valores se fueron haciendo parte de nosotros mismos. Como si hubieran llegado a ser la línea melódica de nuestras vidas, que iba guiando nuestras decisiones y nuestras acciones. Frente a los desafíos, nos aferramos a estos valores y nos apoyamos en ellos, como un marino que se fía de las estrellas para encontrar el rumbo a través de un mar tempestuoso.

Pero la vida no es un capítulo solamente, es una serie de historias. Después de pasar ocho años en un lugar que sentíamos como nuestra casa, nos dispersamos hacia diferentes colegios para la educación secundaria. Conocimos nuevos amigos y algunos perdimos contacto con los de antes. Como quien se muda a otro barrio y tiene nuevos vecinos.

Pero nuestras memorias permanecieron, como un tesoro, y permanecimos en contacto de diferentes maneras. Algunos cambiaron cuando hicieron otros amigos. Como quien aprende otra lengua y se olvida de aquellas palabras que alguna vez nos decían tanto.

Para mantener vivo el espíritu de nuestros valores compartidos, algunos de nosotros, los exalumnos, decidimos hacer algo especial. Creamos la Asociación de Exalumnos del Colegio Católico Santa Escolástica para que fuera como una familia. ¿Nuestra misión? Recordarnos a todos los valores que

aprendimos y refrescar el sentimiento de estar juntos ahora que hemos extendido las alas a lo largo y ancho del mundo.

Imagínennos como los guardianes del cofre del tesoro, un cofre lleno, pero no de oro, sino de amabilidad, de respeto y de compasión. Nuestra meta es ayudar a los nuevos estudiantes a conservar este tesoro. Queremos recordarles que, en este ancho mundo, todavía existe un lugar donde estos valores cuentan

La fe y la amabilidad se reunieron en un lugar para generar un camino a través de los valores. Es una historia de crecimiento, de ser fieles a lo que hemos aprendido, y de transmitir la antorcha de estos valores a la siguiente generación. Estos valores iluminan nuestras vidas y guían nuestro caminar, como la aurora que anuncia el nuevo día.

#### **Cuarta parte: Últimas palabras de envío**

##### **Martín:**

Yo quiero partir dejando claro que, al menos nosotros, pero creo que muchas personas más, apreciamos con todo nuestro corazón la educación benedictina que nos han entregado. Pero con eso también quiero plantear algo que yo mismo he aprendido de la educación que se me ha entregado: deben evangelizar. No deben tener miedo a hacerlo. Ustedes nos exigen a nosotros que vivamos una vida acorde a nuestra fe, lo que está perfecto, es lo que nos hará feliz. Ustedes entonces deben hacerlo también, acorde a su vocación de educadores. Son herederos de una tradición educadora que evangeliza. Y quiero dejar claro que la evangelización no es solamente para religiosos, supongo que los laicos lo sabemos, pero solo en caso de que alguien no lo tuviera claro, como laicos también deben evangelizar.

¿Y cual es mi recomendación para cómo evangelizar? Vivan una vida profundamente cristiana, y benedictina, y preocupense de sus alumnos, irradien su fe. Al menos ustedes sean una comunidad benedictina.

##### **Jefferson:**

Vivimos en una época en la que la tecnología y las redes sociales dominan el discurso en torno a la comunidad. La definición de comunidad está siendo cuestionada. Para muchos, su principal "lugar de encuentro" son espacios impersonales y aislados gestionados por corporaciones que explotan las necesidades humanas con fines de lucro. Los niños y adolescentes que pasan más de unas pocas horas al día en las redes sociales están luchando cada vez más contra la depresión, la ansiedad y otros problemas de salud mental. Además, este nivel de aislamiento atrae a personas vulnerables hacia cámaras de resonancia mediática que las radicalizan en contra de sus cercanos.

La degradación de la comunidad, como hemos visto en Estados Unidos, ha causado graves daños individuales y sociales. Por eso es importante continuar con el trabajo de la educación benedictina. Debemos seguir enseñándonos mutuamente cómo cultivar la comunidad tanto dentro como fuera de la nuestra. También debemos permitir que este trabajo se transforme en respuesta a las cambiantes necesidades de las comunidades en las que vivimos. Las ideas y prácticas de la educación benedictina deben estar informadas de las necesidades de la comunidad. Cómo se ve esto variará según el lugar en el que te encuentres y con quienes estés trabajando.

Para muchas comunidades, contar con la ayuda de laicos que demuestran su compromiso continuo con la educación benedictina para el beneficio de otros es un buen comienzo. Muchos de nosotros nos hemos tomado un tiempo alejado de nuestras comunidades para aprender y crecer como individuos. Aún así, elegimos regresar para servir a nuestra manera. Aunque no hagamos profesión de votos solemnes, muchos de nosotros demostramos nuestro compromiso cada día al estar y hacer el trabajo. Hemos visto su valor en nuestras propias vidas y comunidades, y estamos comprometidos a cultivarlo para las generaciones futuras.

**Owain:**

Mi mensaje final es, en primer lugar, una acción de gracias. Gracias por escucharnos hoy. Gracias por lo que ustedes ofrecen. En mi caso, quiero agradecer especialmente a mi Rector Andrew Hobbs, aquí presente. Él es un ejemplo de muchas de las cosas que hemos hablado hoy, junto a un grupo de profesores comprometidos que comparten su pasión, su compromiso y su entusiasmo.

Quisiera también darles palabras de ánimo. Dios les ha dado oportunidades reales de transformar vidas de personas como educadores benedictinos y de ser, junto a sus colegas, ‘luces que brillan’ para el mundo. No tengan vergüenza en poner a Cristo al frente de todo lo que hacen porque, al fin del día, su trabajo pierde su sentido y su valor de eternidad si no lo hacen. Sepan que, al hacerlo, están ofreciendo a cada estudiante de sus colegios la verdadera alegría, esperanza, fortaleza y sabiduría.

Recuerden que ser educador es una vocación, el sentido y propósito de lo que ustedes hacen viene de que Dios los ha llamado a hacerlo. Promuevan la comunidad, una comunidad de amigos, procuren ser ustedes mismos parte de la comunidad. Involúcrense con ellos, quíéranlos y cuídenlos como personas, siempre desde la comunidad.

Supongo que mi exposición puede sonar a ratos demasiado idealista, y probablemente lo es. Comprendo que una cosa es decir cómo debería manejarse un colegio y otra muy distinta estar a cargo realmente. Las presiones los aprietan desde distintos lados y muchas veces deben tomar decisiones difíciles, tratando de equilibrar los ideales de la educación benedictina con las inevitables exigencias del mundo. Pero precisamente por eso quiero dejar en sus manos estos ideales, porque son gente más

sabía y con más experiencia que yo, gente que ha estado en esto por muchos años. Lo que he compartido es genuinamente mi experiencia de la educación benedictina. No es algo que yo haya inventado sino algo que recibí. Mi aporte ha sido acogerlo e involucrarme. Lo que he compartido existe hoy, es posible, y tiene un valor inmenso incluso si apenas una fracción de sus alumnos puede experimentarlo. El trabajo que ustedes hacen es sembrar las semillas del Reino. La semilla de mostaza parece pequeña e insignificante, pero perseverando con confiada paciencia verán las aves del cielo anidar en el árbol que han cultivado. Dios los ha encendido como lámparas para muchos, no se escondan bajo el celemín

### **Joshua:**

Al reflexionar sobre mi trayectoria educativa, encuentro esencial reconocer la profunda influencia de la educación benedictina y la calidad del aprendizaje que inculcó. Al haber tenido el privilegio de asistir a dos escuelas con estructuras muy diferentes, debo afirmar que el sentido de comunidad en St. Scholastica Catholic School era notablemente fuerte.

Los valores que se me impartieron durante mi tiempo en St. Scholastica se pueden resumir bajo el acrónimo "SELF", que significa Servicio a la sociedad, Excelencia, Libertad y Formación continua. Estos valores han desempeñado un papel fundamental en la formación de la persona en la que me he convertido hoy.

En primer lugar, el compromiso con el "Servicio a la sociedad" fue una piedra angular del ethos de St. Scholastica. Inculcó en los estudiantes la importancia de devolver a nuestras comunidades y fomentar un sentido de responsabilidad social.

En segundo lugar, la búsqueda de la "Excelencia" no solo fue alentada sino esperada. El ethos de la escuela promovía una cultura de grandes logros, motivando a los estudiantes a esforzarse por alcanzar su máximo potencial en todos sus propósitos personales.

En tercer lugar, el valor de la "Formación continua" enfatizaba que la educación se extiende mucho más allá del aula. Fomentaba el crecimiento intelectual continuo y el compromiso de ser ciudadanos bien informados.

Por último, la "Libertad" en St. Scholastica significaba no solo libertad personal, sino también respeto por diversas perspectivas y el cultivo de uno mismo.

Sin embargo, deseo extender mis pensamientos más allá de mi propia trayectoria educativa para proponer una consideración vital. Es imperativo que prioricemos el establecimiento de un programa sólido de participación de exalumnos. Los exalumnos deben ser considerados como una parte

significativa de nuestra comunidad educativa. Este enfoque asegura que los valores que valoramos continúen influyendo y guiando a los antiguos alumnos a lo largo de sus vidas.

En segundo lugar, es crucial abordar una preocupación global apremiante: el cambio climático. Debemos reconocer la actual crisis medioambiental y su profundo impacto en nuestro planeta. Mientras contemplamos nuestros roles en la mitigación de los efectos del cambio climático, vale la pena recordar el versículo bíblico en Génesis 2, 15: "El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara".

Desde mi perspectiva, alinear la educación benedictina con el desafío global del cambio climático no solo es un imperativo moral sino también una responsabilidad. Al hacerlo, podemos trabajar hacia la preservación de nuestro planeta para las generaciones futuras, asegurando que nuestros nietos hereden un mundo sostenible y habitable.

En conclusión, los valores de la educación benedictina, la importancia de la participación de exalumnos y nuestra responsabilidad compartida hacia el medio ambiente nos proporcionan un marco significativo para dar forma a nuestro futuro colectivo.